

ce en mí y en quien permanezca yo dará muchos frutos, porque, sin mí, vosotros nada podéis hacer. Si alguno no permanece en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se quedará seco, y será arrojado al fuego y arderá. Si vosotros permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis todo lo que os agrada y lo conseguiréis. La gloria de mi Padre es el que déis muchos frutos y que seáis mis discípulos.»

El fruto verdadero de la viña mística es el amor, y por esa razón Jesús les exhortó nuevamente al amor que ya tanto les había recomendado, porque el amor de Dios es el fundamento del amor al prójimo, y uno y otro, como ya se lo había enseñado en el Templo, son el cumplimiento de toda la Ley. Todo precepto conduce á la caridad y tiene también su fundamento en la caridad; y así como de una misma raíz brotan muchos vástagos, así también una misma caridad produce abundantes virtudes, y la rama de una buena obra no puede estar viva si no permanece unida á la raíz de la caridad.

Si fuera preciso buscar en todo el Evangelio de Jesucristo algún pasaje en donde Jesús y el Evangelio apareciesen más visibles y concentrados, ó en donde se pudiese conocer mejor la doctrina revelada en toda su majestad, á Dios en su caridad, al Hombre en su divinidad, y además la indivisibilidad de la doctrina, del Hombre y de Dios, parece que debería encontrarse y tomarse de las palabras siguientes: «*Con el mismo amor que mi*

Padre me ha amado, con ese mismo amor os amo yo á vosotros. Permaneced, por lo tanto, en mi amor. Y perseveraréis en mi amor si guardáis mis mandamientos. Mi mandato es que os améis los unos á los otros, como yo os he amado. El amor más grande es el de aquel que da su vida por sus amigos. Si hacéis lo que yo os mando, seréis mis amigos. Ya no os llamaré más mis siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su dueño; por eso os he llamado mis amigos, porque os he hecho conocer todo lo que he oído de mi Padre. No sois vosotros

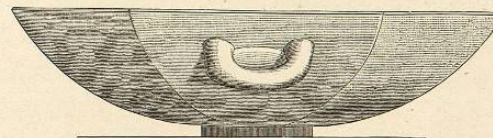


Lámina 89.—Copa de vidrio, color de esmeralda, que fué usada por Nuestro Señor, según consta de una antigua tradición, en la última Cena, y se conserva en la iglesia de San Lorenzo, de Génova.

los que me habéis elegido á mí, sino yo el que os ha elegido á vosotros, á fin de que déis frutos y vuestro fruto sea permanente. Yo os doy este mandamiento: que os améis unos á otros.»

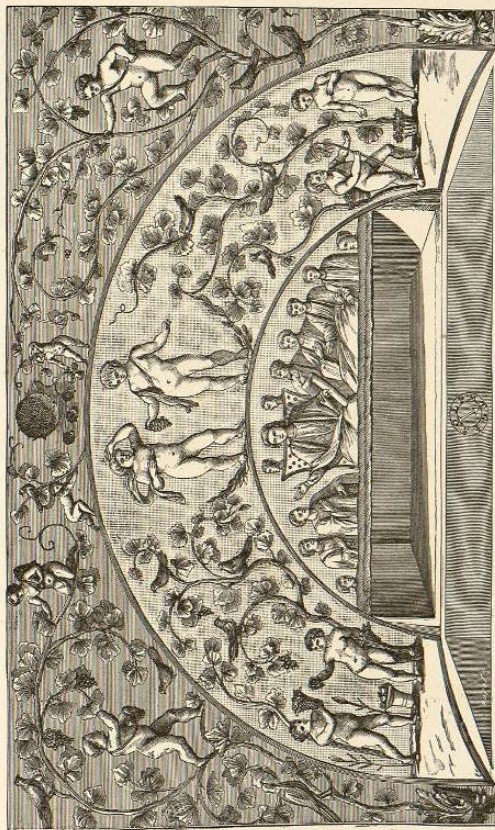
El Cristianismo da á las palabras antiguas una raíz nueva y una significación que no pueden tener más que en él; y así San Gregorio, exponiendo este pasaje: «*Vosotros sois mis amigos,*» define la palabra *amigo* y la hace derivar de estas: *guarda del alma*, en las cuales está resumida y compilada toda la amistad cristiana, y no hay otro sentimiento que merezca el grande y

santo nombre de amistad. Jesús es nuestro amigo, porque guarda nuestras almas; y si no le amamos á Él, no amamos á los demás, ni tampoco nos amamos á nosotros mismos, si no guardamos sus mandamientos para hacer con Él la obra de su amistad.

Habiendo llenado Jesús de esa manera á los suyos de aquella fuerza de amor y concordia que había de resplandecer en ellos por causa de su amor y unión en Él, les avisa de los combates que deberían experimentar y sostener, diciéndoles: *«Si el mundo os aborrece, sabed que antes me ha aborrecido á mí. Si vosotros fueseis del mundo, el mundo amaría lo que era suyo; pero por lo mismo que no sois del mundo y que yo os he elegido y separado, el mundo os aborrece. Acordaos, pues, de la palabra que os he dicho: El siervo no es de mejor condición que su señor. Luego si á mí me han perseguido, también os perseguirán á vosotros, y os arrojarán de las Sinagogas; y se aproxima ya la hora en que cualquiera que os quite la vida creará que ha hecho una cosa agradable á Dios. Y os tratarán así por causa de mi nombre, porque no conocen ni á mi Padre ni á mí. Y aquel que me aborreció á mí aborrece también á mi Padre. Si yo no hubiese venido y no les hubiese hablado, entonces podrían excusarse de su pecado; mas ahora su pecado no tiene excusa; y si no hubiese hecho en su presencia las cosas que ningún otro ha hecho, estarían exentos de pecado; mas ahora las han visto, y me aborrecen y aborrecen á mi Padre. Todo esto ha sucedido para que se cumpliese lo*

que está escrito en la Ley: Me han aborrecido sin motivo.»

Jesús advertía á sus discípulos todo esto, que desde el prin-



Ladmina 90. — Jesús, en medio de sus discípulos, dice: «Yo soy la raíz de la viga, y vosotros sois los vástagos. Aquel que permanece en mí y en quien yo permanezco, sólo el da mucho fruto.» — Fresco de las Catacumbas, en el cementerio de la Via Ardeatina.

cipio no les había manifestado, porque todavía permanecía con ellos; pero como les veía muy taciturnos y llenos de tristeza, les

habló de esta manera tierna: «*Es para vosotros un bien el que yo me vaya, porque si yo no me voy, el consolador no vendrá á vosotros; por tanto, yo me voy y os le enviaré; y cuando él haya venido, convencerá al mundo de pecado, sobre la justicia y sobre el juicio*» (1).

Empero ahí se encierran misterios cuyo conocimiento, si bien á la sazón superfluo, debía, sin embargo, desearse el tenerle. Jesús, dejando lo que los Apóstoles no podían aún comprender, les dijo que acabaría de instruirles por el Espíritu Santo. «*Cuando venga este Espíritu de verdad, les decía, él os manifestará toda la verdad, porque él no hablará de sí, pero os dirá todo lo que ha oído, y os hará conocer el porvenir* (promesa del dón de profecía). *Él es quien me glorificará, porque recibirá de lo que me pertenece, y os lo anunciará. Todo lo que hay en mi Padre me pertenece, y por eso os he dicho que él recibirá de lo que es mío y que os lo anunciará.*» Aquí está expresado el alto y augusto misterio de la procesión de las divinas personas en la Santísima Trinidad. Si se meditan bien estas palabras y el lugar y momentos críticos en que fueron pronunciadas, la evidencia de la verdad aterrará y llenará de asombro el espíritu y el corazón.

(1) Es lo mismo que decir (si es permitido interpretar palabras tan misteriosas): «Por el Espíritu Santo será convencido el mundo de que es pecador; que yo soy justo, ó, mejor dicho, que yo soy la misma justicia, y que en el día del último juicio, yo, que debo ser su juez, presentaré al mundo el contraste, para él tan humillante, de sus crímenes con mi inocencia, y de mi justicia con su iniquidad; y de esa manera sabrá al fin el mundo lo que es él y lo que soy yo y á qué debe atenerse.» (El P. DE LIGNY.)

Todavía les dijo Jesús estas palabras: «*Dentro de poco tiempo ya no me veréis más, y poco tiempo después me veréis, porque yo voy á mi Padre.*» Este era el anuncio de su sepultura, de su resurrección, de sus apariciones y de su ascensión al cielo, en donde recibirá muy pronto las almas victoriosas para tenerlas cerca de Él eternamente. Mas como este pensamiento se presentaba aún algo encubierto, se preguntaron unos á otros los discípulos: «*¿Qué es lo que dice el Señor sobre un poco de tiempo?*» Entonces el divino Maestro contestó: «*En verdad os digo que lloraréis y el mundo se alegrará; pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer que está encinta pasa por el dolor; pero luego que ha dado á luz un hijo no se acuerda ya de todos sus sufrimientos, y su regocijo es grande porque ha nacido un hombre. De la misma manera, vosotros estáis tristes; pero yo volveré á veros, y vuestro corazón se llenará de alegría, y nadie podrá quitaros el júbilo de vuestro corazón, y ya no me preguntaréis más..... Este es el tiempo en que no os hablaré más en parábolas, sino que os anunciaré claramente todo lo que concierne á mi Padre. Vosotros pediréis entonces en mi nombre, y no os digo que rogaré á mi Padre en favor vuestro, porque mi Padre os ama ya por lo mismo que me habéis amado y que habéis creído que he salido de Dios. Yo he salido del Padre y he venido al mundo, y ahora dejo el mundo y me voy á mi Padre.*»

Los discípulos le dijeron que veían perfectamente que Él

sabía todas las cosas y que no había necesidad de que persona alguna le preguntase, lo cual era para ellos una prueba de que había salido de Dios. Al oír Jesús estas palabras les respondió: *«En estos momentos creéis; pero llegará el tiempo, y es ahora, en que vais á ser dispersados, y me dejaréis solo. Sin embargo, yo no estoy solo, porque mi Padre está conmigo. Y os he dicho todas estas cosas á fin de que tengáis la paz en mí. Tened que sufrir mucho en el mundo; pero tened confianza, porque yo he vencido al mundo.»*

Tal fué esta suprema conversación, en la que todo se refiere al hombre y todo se refiere á Dios, en la que Dios robustece y fortifica á sus fieles para soportar con paciencia el odio del mundo, diciéndoles: *«Sabed que él me ha odiado antes que á vosotros,»* y en la que finalmente el hombre dice: *«Yo soy la vida..... Tened confianza, porque yo he vencido al mundo.»*

Esa es la última palabra que los dulcísimos labios de Jesús dirigieron á los hombres; y en lo sucesivo ya no les instruiría ni enseñaría más que con el silencio en medio de los trabajos y del dolor. Pero antes hace oración, y en ella pide por sí, y después más larga y afectuosamente por aquellos á quienes ama; y jamás los oídos humanos han escuchado ni escucharán acentos tan tiernos, tan dignos y grandiosos como los que contiene esa augusta plegaria del Redentor.

«Padre mío, dice levantando los ojos al cielo, es ya llegada la hora; glorifica á tu Hijo, á fin de que tu Hijo, glorificado y

»teniendo por ti á todos los hombres sujetos á su poder, concede la vida eterna á todo aquel á quien tú se la has dado. La vida eterna consiste en conocerte á ti, que eres solo y verdadero Dios, y á Jesucristo, que tú has enviado. Yo te he glorificado sobre la tierra y cumplido la obra que me habías confiado; y tú ahora, Padre mío, glorificame con la gloria que yo tuve en ti antes que el mundo existiese. Yo he hecho que conozcan tu nombre los hombres que me has dado de medio del mundo. Ellos te pertenecían, y me los diste; han guardado tu palabra, han reconocido que he salido de ti y creído que tú me has enviado. No ruego por el mundo, sino por aquellos que me has dado, porque son tuyos. Todo lo que me pertenece es tuyo, y todo lo que es tuyo me pertenece, y yo he sido glorificado en ellos.

»Yo no estoy más en el mundo, pero ellos lo están, y yo me vuelvo á ti. Padre santo, conserva con la virtud de tu nombre á los que me has dado, á fin de que sean uno, como lo somos nosotros. Mientras que yo estaba con ellos los conservaba en tu nombre, y he guardado á todos los que me has dado, sin que haya perecido alguno, fuera del hijo de perdicción (Judas), á fin de que se cumpliera la Escritura. Ve aquí que vengo á ti y que digo eso mientras que estoy en el mundo, á fin de que ellos tengan en sí mismos la plenitud de mi alegría. Yo les he enseñado tu palabra, y el mundo les ha tenido odio, porque no eran del mundo, como tampoco lo soy yo; y no te pido que

»les saques del mundo, sino que les preserves del mal. Santificales en la verdad, pues verdad es tu palabra; y así como tú me has enviado al mundo, yo también les envío á ellos al mundo.

»Yo no ruego solamente por ellos, sino también por aquellos que deben creer en mí por tu palabra, á fin de que todos ellos sean uno. Así como tú, Padre mío, estás en mí y yo en ti, así también que ellos sean uno en nosotros, y que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he concedido la gloria que tú me has dado, para que ellos sean uno, como uno somos tú y yo. Yo estoy en ellos y tú estás en mí, para que ellos sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me has enviado.

»Padre mío, quiero que aquellos que me has dado estén conmigo allí donde yo estoy, y que vean mi gloria, que he recibido de ti, porque tú me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido; pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me has enviado. Les he hecho conocer tu nombre, y se le hará conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos, y que en ellos esté yo mismo.»

FIN DEL TOMO PRIMERO

Wm. B. Eerdmans

ÍNDICE

DE LAS

MATERIAS QUE COMPRENDE EL TOMO PRIMERO

PRIMERA PARTE

JESUCRISTO ESPERADO

	Páginas
I.—Dios y el Hombre.	3
II.—El Cristo esperado.	31
III.—Las Profecías.	57

SEGUNDA PARTE

JESUCRISTO VIVO

I.—El Prólogo del Evangelio.	89
Nazaret, Belén, el Jordán.—Zacarías, Isabel, María, Juan, José, Herodes.—Los An- tecesores de Jesús, la Tentación en el Desierto, los primeros Discípulos.	
II.—El Año dulce.	155
Las Bodas de Caná, la Pesca milagrosa.—Nicodemus, la Samaritana.—Enfermos cu- rados, Tempestad apaciguada, Demonios vencidos.—La Hemorroisa, la Hija de Jairo.—El Paralítico de la Piscina, la Magdalena.	
III.—La Lucha.	214
Conjuración de los judíos, Milagros en el día del Sábado, Institución del Apostolado. —Sermón de la montaña, el Leproso curado, el Hijo de la Viuda, Otros milagros. —El Sembrador, la Cizaña, el Grano de mostaza, la Red arrojada al mar.—La In- credulidad de Nazaret, Primera multiplicación de los panes, Segunda tempestad calmada, Anuncio de la Eucaristía.	